



«ANDRÓNICA».—UNA ESCENA DEL PRIMER ACTO

(Fot. El Teatro, por Campúa)

## ANDRÓNICA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL DE D. ÁNGEL GUIMERÁ, PUESTA EN VERSO CASTELLANO POR D. LUIS LÓPEZ BALLESTEROS, ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL

EL breve espacio de que la interesante información gráfica que ha de acompañar á estas líneas me deja disponer, no me permite intentar siquiera un juicio crítico de la obra á que se refieren. *Andrónica*, además, fué oportunamente juzgada, y un nuevo juicio, sobre ser repetición de otros anteriores, resultaría inoportuno.

Tal vez fuera más útil estudiar, siquiera fuese someramente, las condiciones de tiempo y lugar en que los personajes de la obra se mueven; pero eso tampoco es posible, porque reclamaría mucha extensión, sin dar por ello fruto sazonado y conveniente; nadie ignora el grado de rebajamiento á que llegaron las costumbres en la época y en el país en que Guimerá parece haber colocado la acción de su obra, y pasar de ese conocimiento vulgar, suficiente para comprender la acción de *Andrónica*, sólo sería posible disponiendo de mucho espacio. Aquí, pues, sólo cabe un relato sucinto y



D. ANGEL GUIMERÁ  
Autor de la obra  
(Fot. Audouard)

fiel del argumento de la tragedia, y á eso he de limitarme, dejando para otra ocasión, si llega, más detallado y amplio estudio de la obra.

La acción de ésta comienza en un gran salón, salón del trono del palacio de Albia, y en él nos enteramos, desde las primeras escenas, de que el emperador es un jovenzuelo vicioso y corrompido, alma

negra y cobarde, á quien maneja y rige un magnate, Heraclias, que le llevó al trono y hace de él juguete de sus pasiones y ejecutor de sus crueldades.

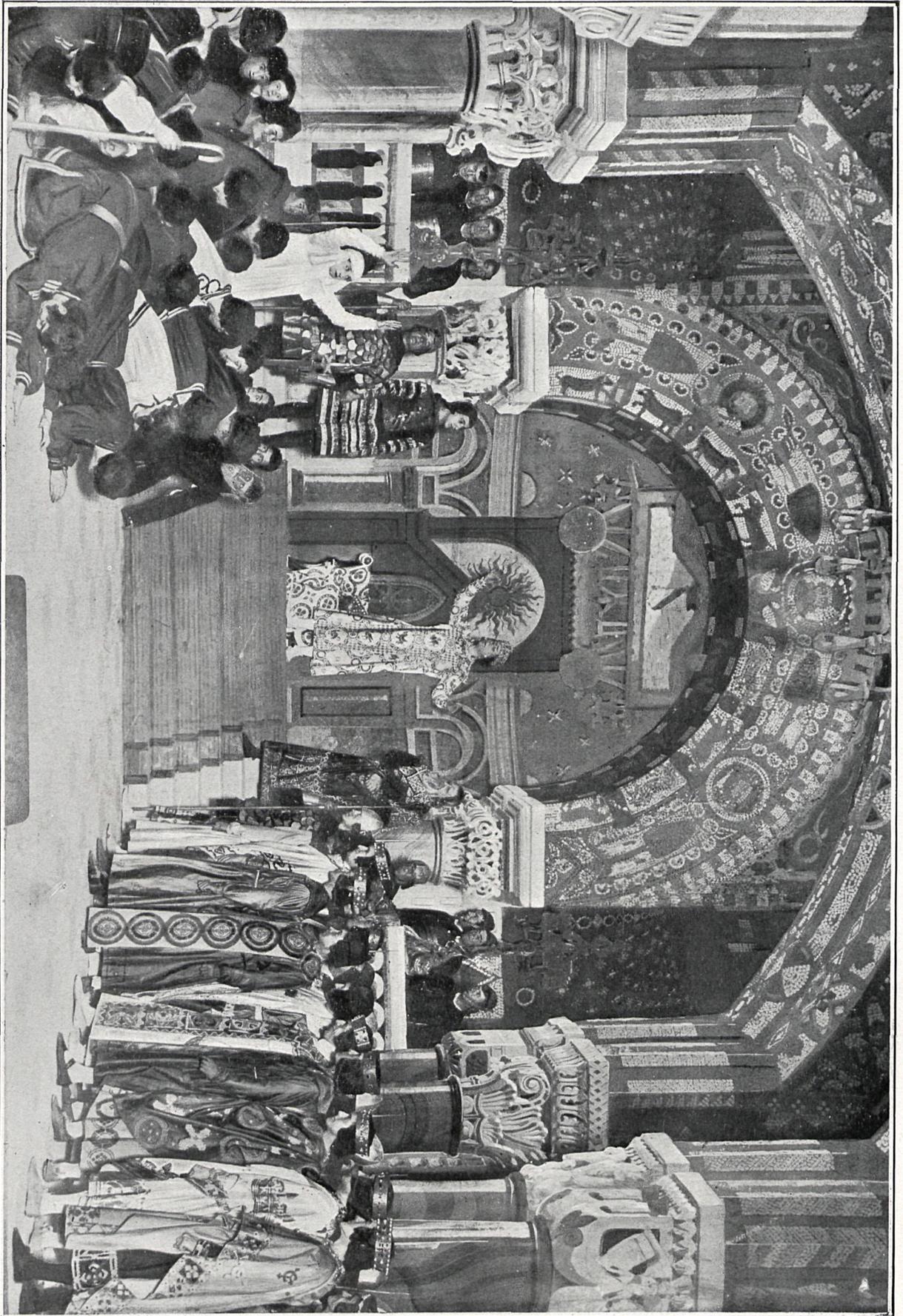
Contra Albia vienen, cuando la acción comienza, los bizantinos, dispuestos á apretar el cerco hasta lograr la plaza, y Nicéforo, el emperador, convoca en su palacio al pueblo para pedir su ayuda y salvar á la patria. El pueblo acude al llamamiento, pero los caudillos de él piensan, más que en defenderse de los bizantinos, en librarse de la abrumadora tiranía, y en frases ardentísimas piden á Nicéforo justicia y libertad.

Vacila el emperador ante la resuelta actitud de su pueblo; pero allí está Heraclias para sostenerla y el débil Nicéforo manda prender y atormentar á los que á tanto se atrevieron. Cobarde el pueblo, atemorizado por la cruel sentencia, prostérnase ante el cruel soberano, y entonces, entre los cuerpos que se doblegan al peso del látigo, surge la figura de Andrónica, novicia en el convento del Santo Grial, que ha abandonado la clausura obedeciendo á una inspiración divina que la manda salvar su patria, y alza allí su voz para defender al pueblo contra los consejeros del emperador.

Impresionan á éste la hermosa figura y el sublime valor de la monja, y pide que le dejen solo con ella;



D. LUIS LÓPEZ BALLESTEROS  
Autor de la traducción  
(Fot. Compañy)



ANDRÓNICA, Sra. Guerrero

NICÉFRONO, Sr. Díaz de Mendoza  
«ANDRÓNICA». — UNA ESCENA DEL PRIMER ACTO

(Fot. El Teatro, por Campaña)

pero cuando lo está, inflamado por la pasión olvidarlo todo y trata de conquistar á la hermosa mujer. Andrónica defiéndose, lucha con el emperador, le vence y aumenta así el enamoramiento del débil Nicéforo que, llamando nuevamente al pueblo y á los magnates de la corte, lleva á la novicia al trono, declárase su esclavo y, dispuesto á ser bueno porque ella lo manda, pide perdón á todos y entusiasmo así al pueblo que sale dispuesto á salvar á la patria, llevando en triunfo á la monja que ha de acaudillarle, y poniendo así fin al acto primero de la obra.

El segundo está dividido en dos cuadros. El primero desarróllase en el palacio de Nicéforo, y en él vemos que Heraclias domina nuevamente al emperador; pero éste ha resuelto librarse de las cadenas, y ordena á un esclavo que de muerte al que de tal modo le tiene sometido.

Entre tanto la traición cunde en el palacio de Albia. El abad de San Thimur, vendido á los bizantinos, trama con los magnates un complot contra el emperador, y convencido de que éste estará vencido si Andrónica le falta, á separarle para siempre de ella encamina todos sus esfuerzos.

Así en el cuadro segundo, que se desarrolla en el convento, apresura la profesión de la novicia, y para lograrla convence á Andrónica de que Nicéforo no está arrepentido ni la ama; la quiere sólo como una manceba. Comienza, pues, la ceremonia de profesión; pero entre tanto las turbas amotinadas persiguen al augusto, él se refugia en el convento, donde llega demasiado tarde, porque Andrónica ha profesado ya; pero, eso no obstante, la monja sálvala de nuevo, y parte con él

para luchar contra Bizancio, por la libertad de la patria.

En el acto último, Nicéforo y Andrónica han vencido; pero el abad, el traidor abad de San Thimur, amárgales el triunfo, lanzando sobre ellos, en nombre de la iglesia y muy solemnemente, tremendo anatema, bendiciendo, además, al que de muerte á la perjura. Surge entonces Heraclias, á quien todos

creyeron muerto, y comete el crimen, mientras los bizantinos llegan arrasándolo todo. El pueblo entonces alza como bandera el cadáver de la monja y se lanza de nuevo á combatir. Así termina la obra.

No cabe decir de ella ni una palabra más, pero sería injusto olvidar el plausible esfuerzo que representándola hicieron María y Fernando, Mariano Mendoza, Cirera y otros actores.

El lujo y la propiedad con que la obra ha sido puesta en escena merecen alabanzas.

Decoraciones, muebles y trajes han sido contruidos expensivos sin escatimar gasto alguno, y esto que siempre es digno de encomio porque demuestra el acendrado amor que al arte profesan los empresarios del Español, lo es mucho más cuando se trata de una obra como *Andrónica*, que por desarrollarse la acción

en época remota, exigen un concienzudo estudio no exento de dificultades.

La cultura y la tuerza de voluntad de los directores-empresarios del Español ha sabido, como siempre, vencerlas, y en este punto la tragedia de Guimerá podrá citarse como ejemplo que debe ser imitado.

A. MIQUIS



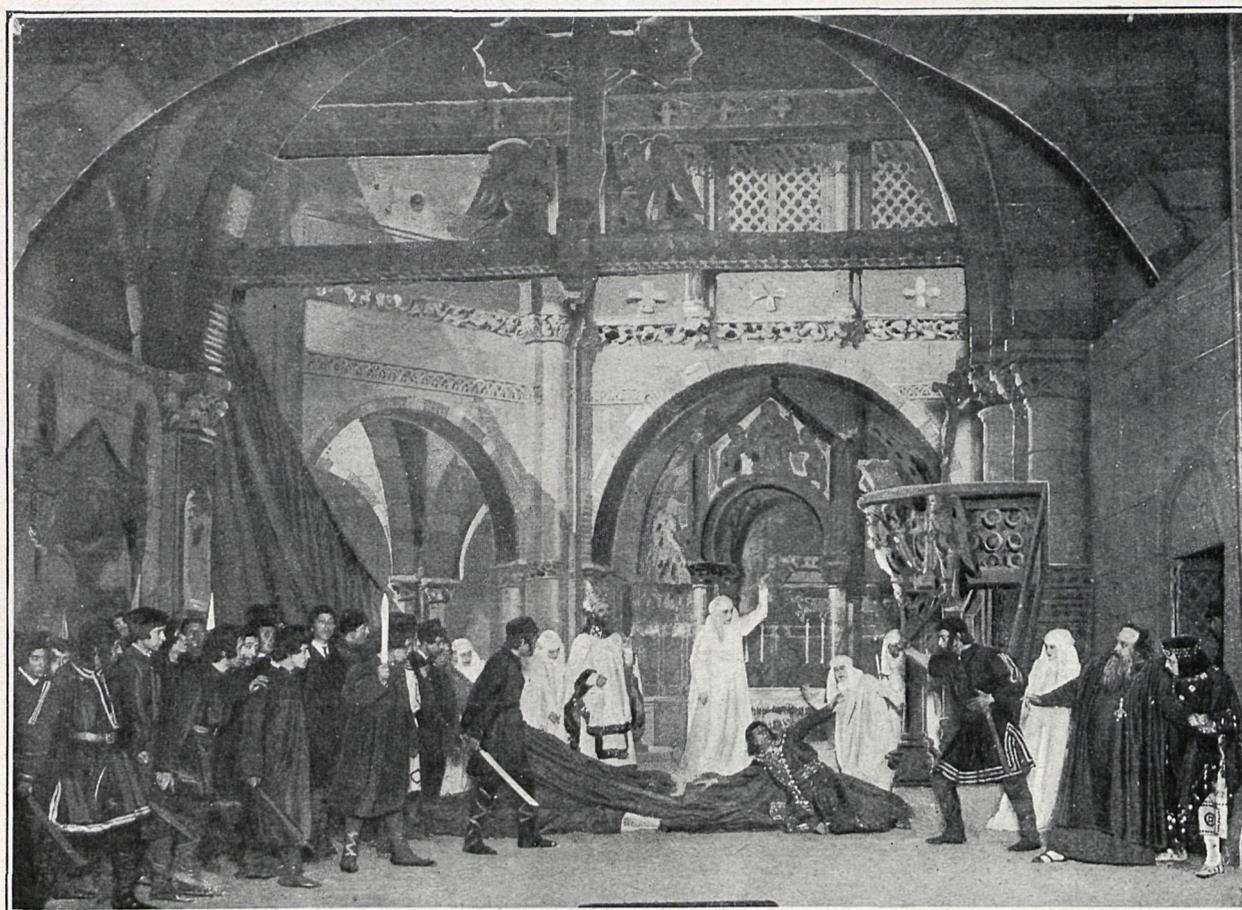
NIKELAS,  
Sr. Rivero

NICÉFORO,  
Sr. Mendoza  
(Fot. El Teatro, por Campúa)

DEMETRIO,  
Sr. Mata



«ANDRÓNICA». —UNA ESCENA DEL PRIMER CUADRO DEL ACTO SEGUNDO



ANDRÓNICA      NICÉFORO      SERGIO  
Sra. Guerrero   Sr. Mendoza (F.)   Sr. Mendoza (M.)

«ANDRÓNICA». —ESCENA FINAL DEL ACTO SEGUNDO

(Fots. El Teatro, por Campúa)

# LA BOCA DEL LEON

ENTREMÉS DE LOS SEÑORES DON FRANCISCO DE TORRES Y DON JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO,  
ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA PRINCESA

Fachada de la casa de correos de Sevilla, correspondiente á la calle de las Serpes.

## ESCENA UNICA

Al levantarse el telón, salen aprisa y simultáneamente, MERCEDES y EMILIO. La primera, por la derecha, y por la izquierda el segundo. Una y otro llevan en la mano, y de modo muy visible, una carta.

EMILIO.—(Escondiendo la carta.—Aparte). ¡Caramba, Mersedita!

MERCEDES.—(Aparte y ocultando también la que lleva). ¡Jesús, Emilio!

EMILIO.—Dios la bendiga á usted, reina.

MERCEDES.—Muchas gracias, príncipe.

EMILIO.—¡Tengo más suerte que el corsé de una mosita! ¡Quién me había de desear que me la iba á encontrar á usted á esta hora! (Con mucha rapidez). ¿Aónde va usted, serrana? ¿aónde va usted?

MERCEDES.—Cármese usted, criatura, que la cosa no es pa tanto. A la confitería e La Campana, á comprá unos meregue e coco. Y usted, ¿aónde va?

EMILIO.—(Sin saber qué contestar). Pos yo voy... ahí.

MERCEDES.—¿Aónde?

EMILIO.—(Sin encontrarsalido). Ahí.

MERCEDES.—¿Aónde es ahí?

EMILIO.—¡Ahí! A la caye e Limone, á comprá un retrato del Espartero pa ponerlo á la cabesera e mi cama.

MERCEDES.—(Con sorna). ¡Sí, e...?

EMILIO.—Palabra. Como que se ha enreao mi sobrinyo con er que tenía, y le ha pintao unos bigote así de grande. (Abriendo los brazos, indica las dimensiones, no de un bigote, sino de un bastón).

MERCEDES.—(Riendo). ¡Camará, baya unos bigote!

EMILIO.—Carculé usted. (Transición). Güeno, Mersedita; y esta noche, ¿lampoco va á sá?

MERCEDES.—¿Er qué?

EMILIO.—Que sarga usted á la ventana.

MERCEDES.—¿A qué?

EMILIO.—(Remedándola). ¿Pa qué? ¿Pa qué? ¡Pa hablar los do de cosas güenas hasta que sarga er Só, que usted verá cómo madruga pa verle á usted esa cara tan sirvergonesa que D'os le ha dao!

MERCEDES.—¡Pero, hombre de Dió! ¿no le da á usted no se qué, de desirme toas esas cosas? ¿Qué deja usted pa su novia?

EMILIO.—¿Cuántas vese le vía desí á usted que yo no tengo novia?

MERCEDES.—Usted pué desirlas toas las que se le antoje, y yo pueo no creerlo á usted ninguna.

EMILIO.—La que tié novio es usted. (Poniéndose serio). De móo que dígalo usted claro y se ahorra la jaqueca.

MERCEDES.—¡Ay, no se ponga usted tan serio!

EMILIO.—(En su tema). ¡Ya lo creo que tié usted novio! Me lo ha dicho á mí una persona que lo sabe de muy güena tinta.

MERCEDES.—Po esa persona lo ha engañao á usted como á un chi-

no. Como le digo á usted una cosa, le digo á usted otra; ahora no tengo ninguno; pero he tenio... (Revolviendo la memoria). ¿Cuántos has tenio, Mersedilla?... (Contando por los dedos). Er carpintero, uno... er sombrerero, do... el esterero, tré... er pintó, cuatro... y er... ¡Dios mío! ¿qué era aquel sinvergüensa? ¿qué era? (Breve pausa. Resuelta-mente). Güeno; y er sinvergüensa, síncó.

EMILIO.—Así me gustan á mí las mujere; que digan la verdá. Pos cuente usted conmigo pa er sexto.

MERCEDES.—¿Pero, hijo, quié usted que me arañen?

EMILIO.—¿Quié se va atrevé á eso?

MERCEDES.—¡Vamo, usted quié que le regalen el oído! ¡De sobra sabe usted quié el!

EMILIO.—(Con seriedad cómica). Haga usted er favó de crélo que le digo; que estoy hablando más en serio que un fiscá. Yo no tengo novia ni la quiero.

MERCEDES.—Po si no la quiere...

EMILIO.—¡Ni la quiero como no sea á usted! Conque, ¿en qué queamos? ¿va usted á sali esta noche á la ventana?

MERCEDES.—Voy... voy... (Consintiéndolo).

EMILIO.—(Con ansia). ¿Qué?

MERCEDES.—(Transición muy brusca y cómica). Que voy por los meregue. (Va ha hacer mutis por la izquierda).

EMILIO.—(Abroncado. Muy rápidamente. Yendo á detenerla). Pero, oiga usted, Mersedita... Haga usted er favó, mujé... Pero, Mersedita, ¿qué es esto?... Mujé, ¿me va usted á dejá así?

MERCEDES.—Ande usted por er retrato. (En tono muy zumbón). ¡Y que le ponga un cristá, pa que no lo pinte er niño! (Hace mutis por la izquierda. Ríendose).

EMILIO.—(Atacado). ¡Está güena la cosa! Ensima, pittorco... ¡Valiente chavosita! Sabe má que un profesó del Instituto. (Váse por la derecha, volviendo la cara hacia atrás. Al pasar por delante del buzón, pretende echar la carta; pero se contiene, indicando con el gesto que tiene miedo de ser visto por Mercedes. La escena queda sola un instante; é inmediatamente vuelve á salir cada uno por el sitio por donde desapareció. Al aparecer de nuevo, Mercedes y Emilio llevan las cartas como al principio, muy á la vista, pero esta vez no tienen tiempo de ocultarlas porque ambos, apenas salen, se fijan mutuamente en ellas, y sonrien con malicia dándose por advertidos).

EMILIO.—(Trajando bilis). ¿Ha comprao usted ya los meregue?

MERCEDES.—(Con muchísima guasa). Sí, señó; y usted, ¿ha comprao el retrato?

El interesante entremés del que publicamos el fragmento que antecede, fué representado de un modo verdaderamente magistral por los actores Srta. Mercedes Díaz y su hermano Emilio, que conquistaron nutridos aplausos:



(Fot. Kaulak)

MERCEDES, Srta. Díaz

EMILIO, Sr. Díaz



«¿QUO VADIS?».—ACTO PRIMERO.—LA CASA DE AULO

(Fot. El Teatro, por Campúa)

## ¿QUO VADIS?

DRAMA HISTÓRICO, EN OCHO ACTOS, EN PROSA Y VERSO, SACADO DE LA NOVELA DE H. SIENKIEWITZ, POR EL ESCRITOR MEXICANO ALBERTO MICHEL, ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA PRINCESA

**P**ARA los paladares delicados, para los espíritus selectos que saborean con deleite las bellezas literarias, no será el drama del Sr. Michel una obra admirable; para los que sólo buscan en el teatro la distracción honesta que éste ofrece, el arreglo teatral de la novela, hecho por el autor mexicano, llena cumplidamente el objeto. Ocho de los pasajes más interesantes de la hermosa obra de Sienkiewitz, tan abundante en ellos, constituyen el drama. La habilidad del autor ha encontrado medios de enlazar estos episodios, confiando al diálogo referencias indispensables que en la novela son descripciones más ó menos extensas.

Aún desconociendo la obra de Sienkiewitz, síguese con facilidad el desenvolvimiento del asunto en el drama, y como éste es interesantísimo, aunque más sobriamente expuesto, cautiva el ánimo y logra despertar emoción.

El primer acto ocurre en el jardín de la casa de Aulo, el nobleromano que recogió á la desam-

parada Ligia, otorgándole su protección y su cariño y educándola en las cristianas doctrinas en que educa á sus propios hijos.

Petronio, el favorito de Nerón, el «árbitro de las elegancias», y su sobrino Vinicio, enamorado de Ligia, aguardan á Aulo. Vinicio refiere á Petronio cómo la belleza de Ligia, sus cualidades, han despertado en él una pasión inextinguible, como jamás

creyó poder sentirla. Cuando Aulo se presenta, Petronio le significa su gratitud por la conducta que observó con Vinicio, al que cuidó, recogiéndolo en su casa al regresar herido de la guerra. Oyense á lo lejos las risas francas de Ligia y Cayo, el hijo más pequeño de Aulo, que juega con la joven en el jardín. Un momento después aparecen. Petronio contempla absorto á la joven, cuya hermosura le conmueve y á la que saluda y felicita con una frase propia de su fino ingenio. Tras un breve diálogo con Aulo, que Vinicio aprovecha para hablar á Ligia



POPEA  
Sra. Badillo

(Fot. Kaulak)

NERÓN  
Sr. Comes

